

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

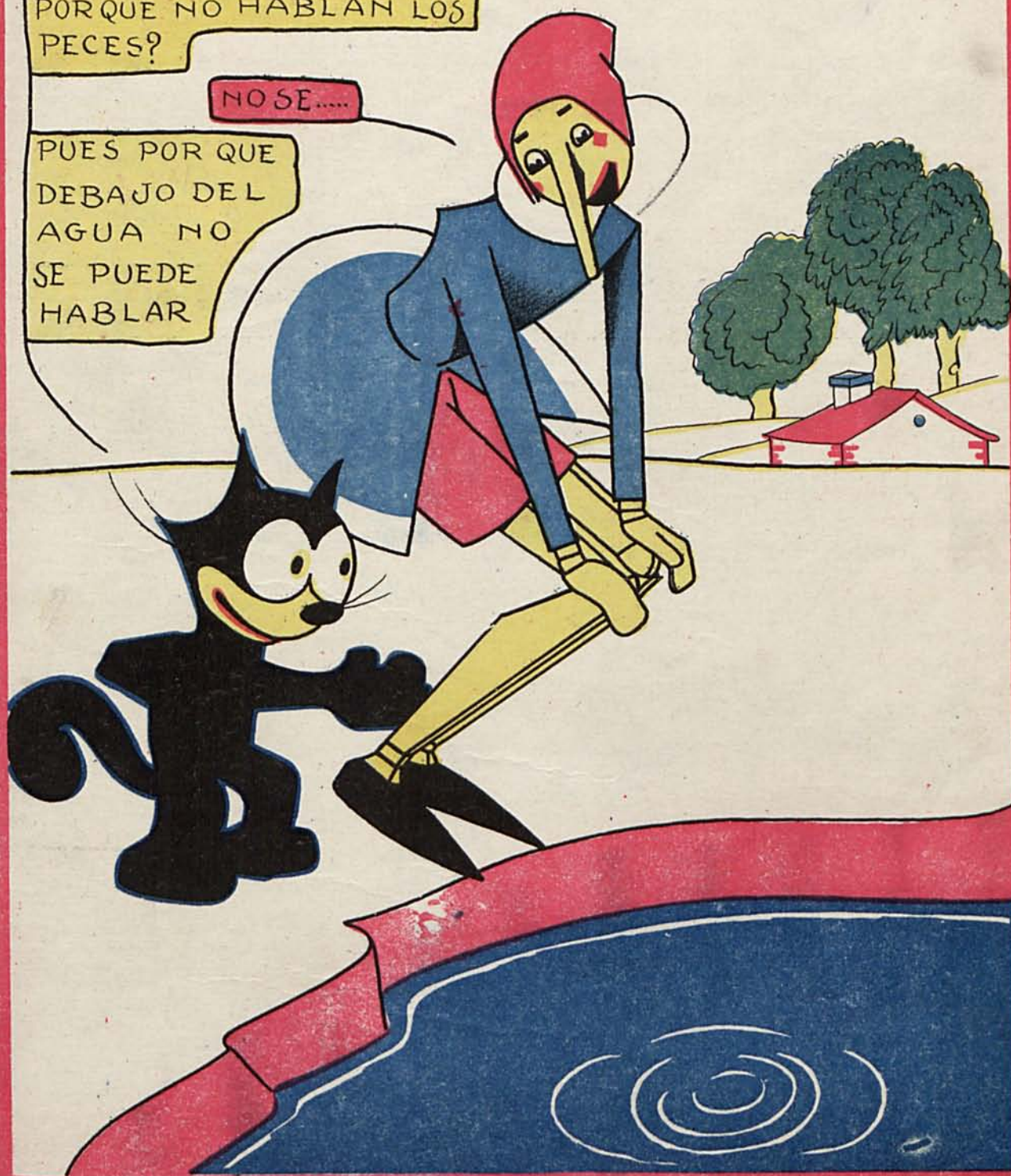
AÑO II  
NUM 82

12 SEPTIEMBRE  
1926

PINOCHO ¿A QUE NO SABES  
POR QUÉ NO HABLAN LOS  
PECES?

NO SE.....

PUES POR QUE  
DEBAJO DEL  
AGUA NO  
SE PUEDE  
HABLAR









*Sensacional!*

Ayuntamiento de Madrid





—¿Cómo sabías tú que no era el Rajah?  
¡Porque me engañó a mí y a toda la gente de a bordo!

—Porque desde donde yo estaba podía ver con los prismáticos al Rajah dentro del Club, y cuando ese individuo pasó vi que el Rajah seguía todavía en el Yacht Club. Entonces me acerqué a él y le dije: «¿Qué es lo que usted pretende vistiéndose como el Rajah?» Y él, por toda contestación, me asestó un golpe en la cabeza como a usted. Cuando volví en mí, me encontré tendido en el muelle, junto a la escollera, y atado de pies y manos.

—¿Y cómo conseguiste venir hasta aquí?

—Haciendo mil esfuerzos pude desprenderme de las ligaduras, y temiendo que ocurriera algo aquí, en el yate, vine nadando, pues no encontré ningún bote por allí, y ahora, al llegar, lo encontré a usted aquí tirado en el suelo.

—El ventanillo del camarote está abierto —dijo Paddy—; pero es muy pequeño para que un hombre pueda pasar por él. Vamos a cubierta.

Paddy contó lo sucedido al oficial de guardia.

Los marineros de la canoa se quedaron pasmados al saber que habían conducido a bordo a un impostor; pero haciendo indagaciones descubrieron que pocos minutos antes había pasado una canoa muy pegada al costado del buque, alejándose después en dirección a Headland.

—Ese bote estaba seguramente esperando para llevarse al ladrón, que debe haberse deslizado suavemente por encima de la borda —dijo Paddy—. ¡Vamos Bob!

Y seguido de éste, Paddy se precipitó por la escalera de mano hasta el bote, que esperaba abajo; puso el motor en marcha y el bote echó a andar con rumbo a Headland.

La luna se destacaba en el cielo entre grupos de nubes, proyectando una luz espléndida. Paddy, de pie en el bote, con la mano en el timón, escudriñaba fijamente el mar. De repente exclamó:

—¡Va una canoa delante de nosotros!

—¡La alcanzaremos pronto, jefe! ¡Este bote nuestro es una centella!

Continuaron la marcha a una velocidad aterradora, y al cabo de un cuarto de hora estaban a unos quince metros del bote que perseguían. Entonces notaron que los dos hombres que lo tripulaban tenían las caras vueltas hacia ellos. Bob no apartaba los anteojos de la cara, y cuando la luz de la luna dio sobre ellos, les pudo ver bien.

—¡Es el mismo que me agredió en el muelle! ¡Es el ladrón, jefe! —exclamó.

—Bien; a este paso los cogemos en seguida —repuso el detective.

Siguieron ganando distancia, hasta no distar más de diez metros de la canoa. Las rocas que rodeaban el promontorio ponían en grave peligro la embarcación de los ladrones. Esta viró de repente en ángulo recto, y al hacerlo así, marcó una estela en el agua que descubrió las rocas que allí había.

Paddy, al verlas, hizo girar la rueda del timón para dar vuelta también; pero como este bote traía mucha mayor velocidad que el otro, al virar chocó contra una de las rocas con una fuerza tremenda. La canoa rechinó, y Paddy y Bob fueron lanzado de un extremo de ella al otro.

En un momento el bote se llenó de agua y empezó a hundirse. El detective y su ayudante encontráronse luchando con las aguas.

Oyéronse gritos de triunfo en el bote de los ladrones, que se alejó rápidamente.

—¿Dónde estás, Bob? —gritó Paddy, haciendo esfuerzos por nadar.

—¡Estoy aquí sin novedad! —contestó Bob—. ¡Nos han burlado!

—¡Indudablemente conocen estos sitios mejor que nosotros! —replicó Paddy—. Lo mejor que haremos es acercarnos al cabo.

Poco después emprendían de nuevo la marcha. Por fin, después de muchos trabajos, consiguieron escalar la cumbre del promontorio, y de allí echaron a andar para Rocksand, a donde llegaron al amanecer.

Al llegar al muelle, vieron que el *Ariel*, se había marchado.

### El maletín en el agua.

Por un marinero se enteraron, de que el *Ariel* había zarpado hacia poco, con rumbo al puerto de Barhaven, que estaba a veinte millas de allí, por la costa.

—Hay que volver a todo trance al yate —dijo Paddy a Bob, cuando se alejaban de allí—. Seguramente los ladrones habrán dejado alguna pista en el camarote, que pueda servirnos para descubrirlos,

asi, que la única solución, es tomar un automóvil que nos lleve a Barhaven.

Un garage de la ciudad, les suministró el coche, y media hora más tarde salían para allá.

Cuando llegaron a Barhaven, el *Ariel* no había arribado aún.

Era ya pasado el medio día cuando el buque entró en el puerto y quedó anclado en el muelle. Pero al llegar Paddy a bordo, lord Barlington le recibió muy secamente y le dijo por todo saludo:

—¡Vaya una vigilancia que ha ejercido usted permitiendo que le robaran las joyas del Rajah delante de sus narices! Esto ha sido muy desagradable para mí, y puesto que ya ha fracasado usted, puede irse del yate cuando guste.

—Me marcharé si su excelencia lo desea así; pero antes quisiera que me permitiera inspeccionar la cabina del Rajah. No me considero derrotado todavía, ni mucho menos —replicó Paddy.

—Vaya usted, si gusta, a inspeccionar el camarote; pero dudo que saque usted ningún provecho de ello —contestó lord Barlington, que se veía estaba muy indignado.

En el camarote del Rajah, Paddy no encontraba ninguna pista. Después de inspeccionarlo todo sin hallar nada, miró al tragaluz, por donde tenía la seguridad de que habrían pasado el maletín con las joyas. En el borde vió una marca hecha como con una cuerda que hubiera pasado por allí rozando.

Paddy vió en esto un rayo de luz, y saliendo apresuradamente del camarote, subió a cubierta y de allí saltó al muelle, donde le esperaba Bob.

—¡Hay que volver inmediatamente a Rocksand, Bob! —le dijo.

El mismo automóvil que los había traído los llevó otra vez. Cuando entraron en Rocksand ya era noche cerrada. Dejaron el automóvil junto al muelle y buscaron un bote automotor alquilado. En seguida se metieron en él y Bob no hacía más que preguntarse adónde irían, pues Paddy no le había dicho nada, y a él no le gustaba importunarle con preguntas en los momentos en que le veía tan ocupado.

Cuando el bote dió la vuelta al muelle vieron toda la extensión que tenía la bahía.

—¡Han llegado antes que nosotros! —exclamó Paddy.

—¿Quiénes?

—El que robó las joyas y su cómplice, si no me equivoco. ¿Ves ese bote parado en el sitio donde estuvo anclado el *Ariel*? Pues esos hombres están ahora sacando del fondo del agua el maletín que contiene las joyas.

Acercáronse y ambos saltaron al otro bote. Un golpe certero y Paddy derribó a uno de los hombres mientras Bob hacía lo mismo con el otro. En seguida los maniataron y el detective buscó ansiosamente en el fondo de la barca el maletín, el cual contenía todas las alhajas.

—¡Gracias a Dios, hemos llegado a tiempo! —exclamó casi sin respiración—. Fué la marca que dejó la cuerda en el ventanillo lo que me dió la clave. Después de anochecido vinieron a recobrar el maletín que habían dejado caer al fondo del mar. Como la bahía no es muy profunda en este sitio y la cuerda era bastante larga, ataron un corcho al extremo de ella para que flotase y poder ellos descubrir dónde estaba.

Más tarde volvió Paddy al *Ariel* con las joyas, y lord Barlington quedó verdaderamente asombrado de ver que las había recuperado, y dió toda clase de excusas y explicaciones al detective por su frialdad y frases de crítica para con él.



Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).





(Continuación.)

El doctor, Roberto y Miguel, inclinados sobre el agua, esperaban ansiosamente la reaparición de su valiente compañero. Del resultado que obtuviese Vicente en su arriesgada exploración, dependía su vida.

Si el canal estaba cerrado, podían darse por perdidos, pues no tenían víveres suficientes para realizar una nueva empresa que les exigiese tiempo.

Pasaron diez, quince segundos sin que el bravo pescador volviese a aparecer. Ya comenzaban a temer sus compañeros por su suerte cuando sintieron removerse el agua.

—¡Vicente...! —gritó el señor Bandi.

—¡Aquí estoy, doctor!... —exclamó después de haber respirado largamente.

—¿Qué nos dices? —le preguntaron emocionados.

—Tenemos el paso libre —dijo el pescador.

—¿Comienza ahí el canal?

—Sí, doctor.

—¿Es muy larga aún esta galería?

—Unos quince metros.

—¿Has visto algún rayo de luz?

—No, doctor.

—Entonces aún no hemos llegado a la desembocadura del canal, y eso me inquieta, Vicente.

—¿Por qué, doctor?

—Porque nos hará falta otra vez la balsa.

—La reconstruiremos al otro lado del paso.

—Tendremos que hacer muchos viajes bajo el agua para ello.

—Miguel y yo somos muy buenos nadadores, y Roberto también hará aquí sus primeros ensayos. No perdamos tiempo, doctor; dentro de un cuarto de hora podremos viajar ya libremente por el canal.

—Estoy dispuesto a ayudarlos.

Dejaron un trozo de cuerda embreada en el lugar donde se encontraban y volvieron atrás para transportar los trozos de la balsa. Al cabo de media hora ya estaban reunidos los maderos y las cuerdas junto al pasaje subacuático.

—Antes de comenzar a trabajar, dínos si hay al otro lado un lugar donde podamos armar la balsa.

—Sí —contestó Vicente—. Hay una especie de escollo formado por una de estas rocas.

—¿Quién pasa el primero?

—Yo, doctor —dijo Miguel—. Yo también quiero ver el pasadizo.

—Nosotros te seguiremos.

Se desnudaron todos e hicieron un bulto con sus ropas, que ataron a una de las mayores tablas; después Miguel se lanzó el primero, llevando consigo el palo penol.

Tras él se fueron arrojando los demás, cargados con las tablas de mayor tamaño.

Medio minuto después se hallaban todos reunidos en una especie de escollo formado por una de aquellas rocas.

El doctor, que había conservado su fosforera metálica, cerrada herméticamente, encendió una cerilla con grandes precauciones.

A su débil claridad se percataron de que estaban en una roca que se destacaba del hundimiento, formando una especie de banco perfectamente liso, que permitía la permanencia allí de diez o quince personas.

—Aquí podremos armar nuestra balsa —dijo el doctor—. Tenemos espacio suficiente.

—Y también para acampar —dijo Vicente.

—Y para dormir un poco —agregó Roberto—. Yo estoy que no puedo ya con mi alma.

—Nadie nos impedirá que durmamos algo —dijo el doctor.

—¿Y si mientras dormimos sucede otro hundimiento?

—insinuó Miguel, con espanto.

—Si no se han hundido antes estas rocas, creo que resistirán otra nueva sacudida —dijo el doctor—. Generalmente, cuando sobreviene una sacudida muy fuerte, no se repite otra sino pasado mucho tiempo. Los vapores subterráneos

se han abierto ya camino en las entrañas de la tierra y espero que no tendrán necesidad, por ahora, de un nuevo desahogo.

—¿Lo decis para tranquilizarnos? —preguntó Vicente, contemplando la bóveda con inquietud.

—No, amigos; construyamos la balsa en seguida para que la corriente no nos arrastre las tablas y después dormiremos un poco.

Los tres pescadores, poco tranquilizados, se pusieron a trabajar uniendo las tablas y los penoles con las cuerdas que habían cogido en la vieja galera, y después, ya terminada, la ataron a la punta de una roca.

Comieron con verdadero apetito algunas galletas con carne salada y un poco de agua. Luego se tendieron uno junto a otro con intención de dormir un poco.

¡Inútil tentativa!... El temor de que pudiese ocurrir otro terremoto y que se hundiesen las rocas les impedía conciliar el sueño. De vez en cuando, uno u otro levantaba la cabeza y se ponía a escuchar, creyendo siempre oír propagarse al través de las capas terrestres aquel rugido sordo y pavoroso que aún creían sentir repercutir en su cerebro.

Miguel, que había quedado más impresionado que los demás, preguntaba de vez en cuando a Roberto, que estaba a su lado:

—¿Tiembla el suelo?

—Creo que no.

—Pues yo juraría que había oído crujidos misteriosos.

—No, no; estate tranquilo.

Pasados cinco o diez minutos volvían a repetirse las mismas preguntas con idénticas respuestas. Ni aun el mismo doctor había logrado dormir.

Había transcurrido ya una hora cuando Miguel se puso de pronto de pie, gritando:

—¡Huid!... ¡A la balsa!

No se había engañado. Otro estruendo, menos intenso que el que oyeron el día anterior, resonó bajo la tenebrosa galería y algunos fragmentos de roca cayeron al agua produciendo un rumor semejante al de la lluvia.

Todos se levantaron, en tanto que el doctor encendía con mucho cuidado un pedazo de cuerda alquitranada que por casualidad providencial no estaba demasiado humedecida.

—¡A la balsa!... —exclamó apenas hubo encendido la luz.

Los tres marinos se embarcaron de un solo salto, y apenas habían cogido algunos pedazos de tabla de los que se tenían que servir como de remos, cuando sonó otro segundo estruendo mucho más fuerte que el primero.

Las dos rocas, que estaban colocadas de un modo bastante inestable, se desprendieron de pronto haciendo desaparecer el espacio que les había servido de galería, en tanto que de las bóvedas del canal comenzaron a desgajarse enormes piedras.

Una de ellas cayó sobre la balsa, partiéndola por la mitad, y después una oleada gigantesca recorrió el canal separando las dos partes de la balsa.

Cuando hubo pasado, el doctor y Vicente estaban solos.

¡El otro trozo había desaparecido con Roberto y Miguel!

(Continuará en el número próximo.)

## LOS SUSCRITORES DE PINOCHO

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En la galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.





# CHAUDAR EL PESCADOR

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

Había un comerciante llamado Omar, que tenía tres hijos; el mayor se denominaba Sálím; el mediano, Sólím, y el más pequeño, Chaudar. Su padre los crió y educó hasta que fueron hombres; pero quería más a Chaudar que a los otros; y cuando éstos vieron la preferencia del padre sintieron aversión y odio hacia su hermano menor, odio y aversión que Omar notó con pena.

Era el comerciante colmado en años, y temía que a su muerte, que no podía estar ya lejano, Chaudar fuese molestado por sus hermanos. Reunió, pues, a su familia, hizo venir a los que por ministerio de la ley ejecutan las particiones de bienes, convocó algunos hombres de ciencia y, cuando todo el mundo estaba reunido, dijo a sus servidores:

—Traedme todas mis riquezas y mis cofres.

Hicieronlo como pedía, y entonces exclamó:

—Señores, partid esta riqueza y estos cofres en cuatro partes, conforme a la ley.

Partieronlo todo en cuatro lotes; cada hijo tomó uno, y el padre se quedó con el otro, diciendo:

Esto es todo lo que yo poseo y que he partido entre ellos: nada me queda a mí que pueda ser de ellos, ni ellos tienen cosa alguna sobre la que yo pueda invocar derecho. Cuando Dios disponga de mi persona, no podrá surgir entre mis hijos ninguna discusión, pues yo les he dividido ya su herencia. La parte que me he reservado es la correspondiente a mi esposa, madre de estos mozos, para que con ella pueda subvenir a sus necesidades.

Poco tiempo después murió el anciano. Sálím y Sólím no se conformaron con lo que había hecho su padre y reclamaron contra Chaudar, diciéndole: «Te has quedado con toda la fortuna de nuestro padre.» Chaudar acudió al juez, vinieron los musulmanes que habían presenciado la partición y dieron testimonio de lo que sabían, y el juez les prohibió que disputaran; pero Chaudar perdió por causa del pleito una buena parte de su hacienda, y otro tanto ocurrió a sus hermanos, que lo dejaron en paz.

Al cabo de algún tiempo volvieron los hermanos a suscitarse a Chaudar la reclamación, y otra vez fueron al tribunal, y otra vez la curia les gastó gran parte de su dinero. En resumen, un pleito sucedía a otro y en todos ellos perdían los tres hermanos sus haciendas, hasta que llegó un momento en que la Justicia se había tragado la fortuna de todos y los tres habían quedado reducidos a la miseria.

Sálím y Sólím, viéndose sin recursos, fueron a casa de su madre y le arrebataron su fortuna. La pobre mujer se refugió al lado de su hijo Chaudar.

—Tus hermanos — le dijo — me han robado mi hacienda.

Y pensaba querellarse contra ellos; pero Chaudar la disuadió diciéndole:

—¡Querida madre! No los demandes: Dios se encargará de darles su merecido. Ya has visto, madre mía, que yo me he quedado pobre y que otro tanto ha sucedido a mis hermanos por causa de los pleitos, que se tragan las riquezas. ¿De qué nos han servido nuestras disputas ante los jueces? Ningún provecho hemos sacado de ellas; sólo hemos logrado perder la fortuna que nos dejó nuestro padre, y además, ser víctimas de la difamación de la gente. ¿Qué necesidad tienes, pues, de pleitear y reclamar ante el juez? Esto no puede ser. Vente a vivir conmigo, y del pan que yo coma comerás tú. Pide a Dios por mí, y Él se dignará aumentar mis medios de vida; deja en paz a mis hermanos, que ya recibirán del Señor la recompensa por su conducta, y consuélate con aquello del poeta:

Si un compañero ignorante trata de oprimirte, déjalo y espera que llegue el tiempo en que Dios se venga del opresor.

Huye de la tiranía, porque si la montaña oprime a la llanura, el rayo castiga a la montaña.

Y en fuerza de mimos y caricias, logró que su madre accediera a quedarse en su compañía.

Se buscó una red y se iba al mar y a los estanques, a todos los sitios en donde había agua, y cada día se dirigía a un lugar; y unas veces cogía peces por valor de diez dirhemes, otras de veinte, otras de treinta, que entregaba puntualmente a su madre, con lo cual podían los dos comer y beber y pasarlo holgadamente. En cambio, sus hermanos

no se dedicaban a ningún oficio, ni compraban ni vendían; vieron entrar en su casa la ruina, la perdición y todas las calamidades, se comieron lo que habían quitado a su madre y quedaron sumidos en la mayor pobreza, miseria y desnudez. Al fin, una vez fueron a casa de su madre, se humillaron servilmente y le contaron con llantos y quejas que pasaban hambre: el corazón de la madre se apiadó de su desgracia y les dio de comer. Esto se repitió hasta hacerse diario, y la buena madre les daba la comida que tenía guardada, diciéndoles:

—Comed de prisa y marchaos antes de que venga vuestro hermano, porque no le gustará lo que hago, y no tendrá piedad conmigo y esto será la causa de mi desgracia.

Ellos comían apresuradamente y se marchaban. Hasta que cierto día en que habían llegado a casa de su madre y se preparaban a comer lo que ésta les había servido, se presentó su hermano Chaudar. La madre quedó compungida y avergonzada al verlo, temerosa de que se irritase contra ella, y bajó sus ojos a la tierra, llena de sonrojo. Pero él se sonrió al verlos y exclamó:

—¡Bien venidos seáis, hermanos míos! ¡Bendito día! ¿A qué se debe que vengáis a visitarme en este día feliz?

Y abrazándolos con cariño, les decía:

—No esperaba yo que os acordarais de mí, ni que vinierais a verme y a visitar a vuestra madre.

—¡Hermano! — le contestaron —. Nosotros anhelábamos vivamente visitarte, pero no nos atrevíamos por vergüenza, recordando lo que había sucedido entre nosotros. Ya nos hemos arrepentido sinceramente; aquello fué sin duda obra del demonio (¡maldigalo Dios! ¡ensalzado sea!). Para nosotros no hay nadie más sagrado que tú y nuestra madre.

—¡Y para mí — replicó Chaudar — nada hay más sagrado que vosotros!

—¡Oh hijo mío! — exclamó sollozando la madre —. ¡Quiera Dios blanquear tu rostro (1) y aumentar tus bienes! ¡Eres el más generoso de los hombres!

—¡Bien venidos seáis! — repitió Chaudar —. ¡Quedaos en mi casa! La misericordia de Dios me trae la felicidad.

Se reconcilió con ellos; pasaron la noche en su casa; cenaron en su compañía, y al día siguiente almorzaron con él. Después de lo cual, Chaudar cogió su red y salió, confiado en la divina Providencia. Sus hermanos también se marcharon, no volviendo hasta la tarde; dióles su madre la comida, y cuando por la noche regresó Chaudar trajo carne y verduras. Así continuaron las cosas durante un mes: Chaudar pescaba, vendía lo que pescaba, gastaba el producto con su madre y con sus hermanos, que comían y vivían alegremente.

\*\*\*

Cierto día sucedió que Chaudar se fué con su red al mar, la echó, tiró de ella y la sacó vacía. Volvió a arrojarla y otra vez la sacó sin nada. Y se dijo: «En este sitio no hay pescado». Trasladóse a otro lugar, sin que tampoco lograra ver un pez. Y continuó mudándose de sitio, desde por la mañana hasta por la noche, sin poder sacar ni siquiera un pez.

—¡Cosa extraña! — exclamó —. ¿Habrán huido del mar los pescados, o qué sucederá?

(1) Es creencia general entre los musulmanes que los malvados aparecerán el día del Juicio con la cara negra; de aquí se origina la imprecación: «Dios quiera blanquear tu rostro».

(Continuará en el número próximo.)

**Sólo mis suscritores pueden tomar parte en mis Concursos, colaborar en mi Revista y tomar parte en mi sorteo de regalos.**

PINOCHO



# JAIME EL VALEROSO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

—Muchísimas gracias —contestó Jaime agradecido e intentando marcharse.

—Oye —dijo uno de los criados del molinero a otro de los de la hacienda—. Puesto que has dicho varias veces que si tuvieras quien te acompañara no te daría miedo de quedarte en la hacienda, y tantas baladronadas echaste siempre sobre este particular, ahí tienes uno que quiere ir solito; puedes acompañarle, si te place.

—Es verdad —arguyó el molinero—, y si le acompañas podrás, al propio tiempo, servir de guía al transeunte.

Por vergüenza, más que por otra cosa, tuvo el criado que conformarse, porque, sin confesarlo, tenía más miedo que una liebre. Llegaron a la hacienda, que era grande y hermosa, y el criado mostró a Jaime el sitio que conducía a una habitación espaciosa para huéspedes en el primer piso. Había allí dos camas hechas y una gran estufa. Jaime dijo a su acompañante:

—¡Qué bien si esa estufa estuviese encendida! A ver si puedes traerme un poco de leña.

No tenía el criado muchas ganas de ejecutar el mandato, y observándolo así Jaime, volvió a decirle:

—Enséñame, al menos, el sitio de la carbonera, puesto que te comprometiste a enseñarme lo que yo desconociera.

Dióle ya vergüenza al criado de intentar una nueva protesta y fué por la leña; pero no volvió.

—Se habrá escapado ese cobarde —pensó Jaime— y tendré necesidad de buscar algo con qué calentarme.

Tomó la palmatoria, y cruzando por largos corredores y descendiendo un sinfín de escaleras, llegó al cabo a la cocina, en la que había bastante leña que echar a la estufa. Subió con el combustible, y cuando ya ardía que era un contento, se desnudó y acostó en una de las camas y quedó dormido en seguida. No tardó mucho en despertarle un ruido ensordecedor y pavoroso. Se oía así como si todas las puertas de la hacienda se abrieran y cerraran sin cesar un tiempo mismo. Por los huecos de las chimeneas oíanse aullidos y silbidos, como también por los laberintos de los corredores, tanto, que Jaime no había sentido una cosa semejante en su vida. Los cristales producían sonidos agudos y estridentes, y no parecía sino que toda la casa estaba en infernal movimiento.

—Se habrá levantado aire —pensó Jaime— y el cobarde del criado se habrá olvidado cerrar las puertas tras sí.

Levantóse y púsose alguna ropa para salir a cerrar las puertas. Entonces se abrió la de su habitación y entró un hombre de barba blanca envuelto en blanca capa.

—¡Uf, qué frío tengo! Estoy tiritando —dijo.

—Si así es, mejor será que te desemboces y te sientes aquí para calentarte —contestóle Jaime. Y uniendo la acción a la palabra, tiró de la capa que le envolvía y púsole en un sillón, sentándose él frente al extraño personaje. Cuando éste se hubo calentado un tanto, estirándose y bostezando, dijo:

—¿Qué quieres tú aquí?

—Yo —dijo Jaime— necesito dormir y descansar, porque voy realizando un largo viaje y anhelo descansar esta noche. Mas ¿a qué vienes tú aquí con tanto ruido?

—Estoy aquí porque ésta es mi morada —replicó el de la barba—. Pero ya que preguntas, voy a complacer tu curiosidad. Acompáñame.

Marchó aquél delante de Juan, y siguiéndole éste por los corredores, escaleras y habitaciones, llegaron a un cuarto, en el que había una cama de tamaño extraordinario. Retiróla el de las barbas y vieron había una trampa indicada en la pared. La abrió y observó Jaime en su fondo unos cajones donde relucían muchas monedas de oro viejo, que le sorprendieron, porque no había pensado pudiera existir tanto dinero junto en el mundo. Púsose el fantasma a con-

tarlo, y colocándolo después en pequeños montones sobre las tablas, manifestó tenía que hacer aquella operación todas las noches durante un buen número de años, a consecuencia de haber obtenido ese dinero con no muy buenas artes y precisamente cuando él era el colono de la hacienda.

—Ahora hay necesidad de repartirlo en tres partes iguales —dijo—. Una tercera parte es preciso darla al propietario y las restantes deben ser para ti.

Dicho esto, cerró la trampa. Puso la cama en su sitio y marcháronse ambos a la habitación de donde partieron.

—Embózame ahora como estaba —dijo a Jaime.

Éste ejecutó la orden, y el fantasma se marchó por donde había

venido, con el mismo estrépito. Jaime se acostó de nuevo y durmió con toda tranquilidad.

A la mañana siguiente, regresaron los amos a la hacienda, y lo primero que vieron fué al criado, acompañante de Jaime la noche anterior, que estaba al pie de la escalera desnucado. Lo sintió mucho el amo, y ordenó a los demás criados buscaran al pobre caminante, pues que temían hubiese sufrido la propia suerte. Fué, en efecto, buscado por todas partes, y encontróle, al fin, la doncella en el cuarto de huéspedes durmiendo dulcemente y con unos colores hermosísimos.

—Le dejaremos que duerma cuanto quiera, pues buena falta le hará —pensó aquélla—, ya que no es presumible haya pasado una noche muy tranquila.

Cuando Jaime se despertó, vistióse, y, presentándose a poco delante del dueño, le expresó su deseo, cuando se desayunase, de contarle algo de que no tenía noticias. Y a poco, condujo al dueño y criados al cuarto donde estaba la cama extravagante. Entre cuatro de los más fornidos de los mozos la retiraron, no sin costarles gran trabajo, por lo pesada que era. Quitada la trampa, mostró Jaime al dueño el precioso tesoro, y le explicó cómo había de repartirlo.

—Si observa usted puntualmente mis indicaciones, se verá libre







para siempre, y desde ahora mismo, de duendes y fantasmas en su casa. Pero, de lo contrario, se verá usted por ello perseguido y acosado más que nunca. El dueño no hizo objeción alguna a tales manifestaciones, sino que dió a los pobres la tercera parte a ellos asignada, y a Jaime la suya, si bien no quiso éste recibir más que un poco del dinero que se le ofrecía, rogando al dueño le guardase el resto hasta que volviera a pedirselo, porque dijo tenía que hacer un viaje bastante largo y no sabía cuándo regresaría. Se despidió, y, al pasar por el molino, penetró en él a dar al molinero un puñado de oro en gratitud a la humanitaria hospitalidad que le había dispensado la noche anterior, y continuó su viaje sin necesidad, por supuesto, de ir ya pordioseando por el camino.

Compró después ropa nueva y un caballo, con el que no se le hizo el viaje tan pesado como antes, y llegó, por fin, al reino de sus aspiraciones. Jaime se dirigió diligentemente hacia el palacio del enfermo rey y entró ofreciendo sus servicios. Le emplearon como mozo de las caballerizas, si bien le advirtieron que no se le ocurriese nunca la osadía de aludir al rey en su presencia si quería evitar una gran desgracia. Gustaba mucho al rey enfermo ver sus caballos cuando se les conducía al abrevadero, para lo que los paseaban por debajo de la ventana que daba a la habitación del monarca en donde éste permanecía al efecto sentado en un sillón cómodamente.

Sucedió un día que, estando Jaime ayudando en la tarea de dar de beber al ganado, miró hacia arriba, y, al ver al rey en la ventana, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Ahí está el rey.

Los demás mozos le hicieron callar. Mas el rey, que le había oído, dió orden de que llamaran al caballero, a quien amonestó por no haber tenido más cuidado de su gente, sin perjuicio de que, como tenía que cumplirse la ley, ordenó le subieran al mozo. Fué Jaime conducido a la presencia del monarca, el que le dijo:

—Sabrás lo que tengo prescrito en mi reino. Y como has tenido el atrevimiento de aludirme, o curas mi dolencia, o pierdes la vida, aunque supongo la perderás, porque no me parece que tienes tú porte ni cara apropiados para curarme.

—Muy bien. Séame lícito, no obstante, que pruebe a hacerlo.

Y acto seguido, sacando la consabida cera, pasóla lentamente por los dedos de la mano derecha del enfermo, quien pudo al instante moverlos sin dificultad, cosa que no había podido conseguir hacía ya muchos años. Continuó Jaime pasando la cera por todo el brazo derecho y observó el rey que podía moverlo y estirarlo a su placer y en la dirección que intentaba, y deseó que continuara Jaime quitándole la parálisis general que padecía. Pero éste le replicó que no lo haría en tanto no le diere el rey, por escrito y con su firma, lo que había de otorgarle como premio a sus importantes y excelentes servicios. Hízolo el rey así, y prometióle no sólo la mano de la princesa, sino también la mitad del reino en el acto, y todo integro a su fallecimiento. Hecho el contrato, pasó Jaime la cera por todas las partes del cuerpo del rey, y quedando éste completa y satisfactoriamente curado, principió a correr y saltar como un verdadero corzo, lleno de gozo y contentamiento.

Desde entonces tuvo Jaime los honores de príncipe, vistiéndosele

en seguida con el traje e insignias de su ya alta estirpe. Fué presentado a la princesa, y no bien le hubo saludado, sintió por él una secreta simpatía, que Jaime no dejó de sentirle al propio tiempo por ella, aunque no le extrañó gran cosa, porque ya el viejo de las velas así se lo había pronosticado y tenía fe y creía en su formalidad y poderío. De allí a poco celebró sus bodas con la princesa, que fueron magníficas y espléndidas, y obtuvo Jaime la mitad del reino que se le había ofrecido para que lo gobernase a discreción.

Pasado que fué algún tiempo, entró Jaime en ganas de recoger su dinero y mandó escribir al dueño de la hacienda para que le manifestaran que los príncipes deseaban hacerle una visita. Después de múltiples preparativos en la antigua hacienda para recibir a las regias personas, llegaron éstas en el tiempo prefijado con gran pompa y ostentación. Salió el dueño a recibirles a la entrada con toda cortesanía y reverencia y se les designó las mejores habitaciones que había y en ellas se colocaron.

Llegada la noche, una vez retirados todos a sus dormitorios respectivos, vistióse Jaime con el mismo traje que llevaba la última vez que se presentó al dueño de la hacienda, y llamándole le rogó le hiciera entrega del dinero que en depósito le había dejado en su última entrevista. El dueño, muy enfurecido con él, contestó que no eran horas aquéllas para ocuparse de semejante negocio y que no podía molestar a los príncipes, que ya descansaban en la habitación próxima, donde, dijo, guardaba el dinero. Jaime, entonces, dándose a conocer, manifestóle que él y el príncipe no eran sino la misma persona. El dueño, ante semejante revelación, no tuvo otro

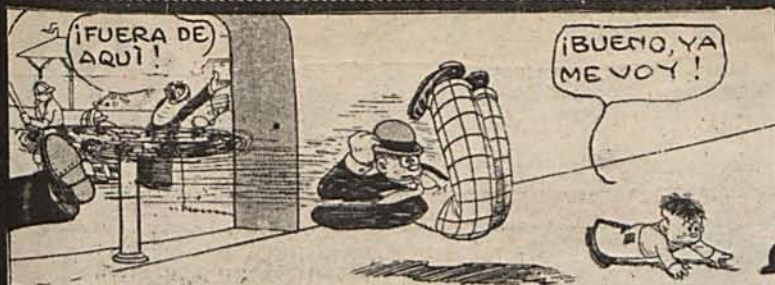
remedio que pedirle perdón y deshacerse en excusas, cumplimientos y reverencias.

Al día siguiente, llevando consigo el dinero, continuó Jaime su viaje. Fué a visitar a sus padres, hallando al llegar a su casa que sólo existía su madre, porque su padre había ya fallecido. La colmó de atenciones, cariños y besos. Regaló el cortijo a unos parientes suyos; llevóse consigo a su madre al reino, y en él vivió muy feliz con su hijo y su nuera, disfrutando tantos años de vida, que llegó a verle hecho rey. Y rodeada de muchos y angelicales nietos que adoraban en su querida, bondadosa y excelente abuelita, consistía su mayor placer y ventura en jugar constantemente con ellos y enseñarles, amorosa y complaciente, las prácticas del bien y de todas las virtudes.

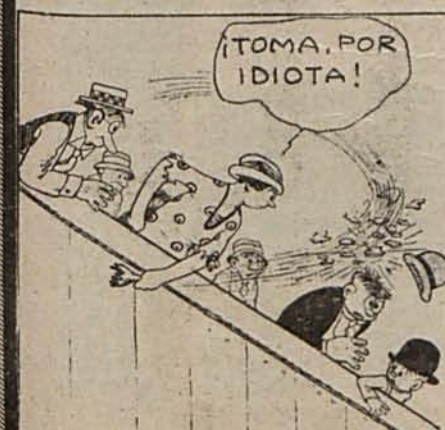
FIN

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones en este mismo número.





# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







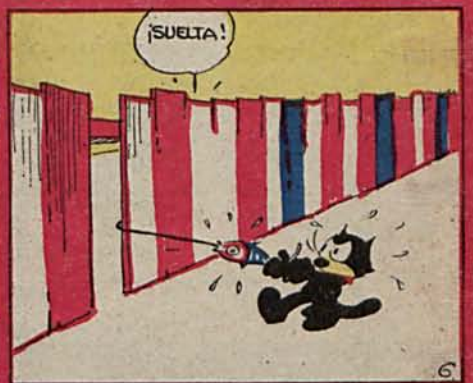
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

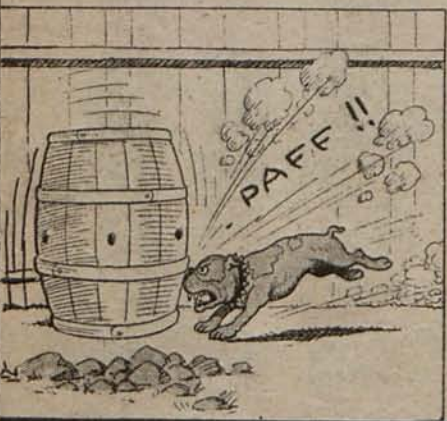
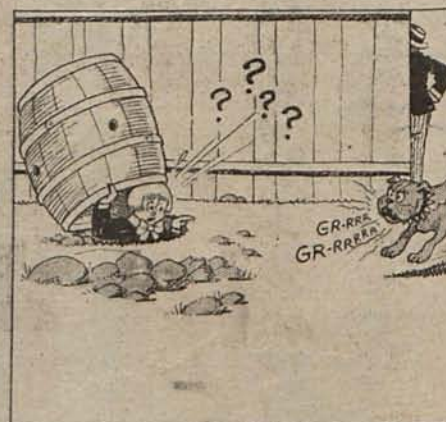
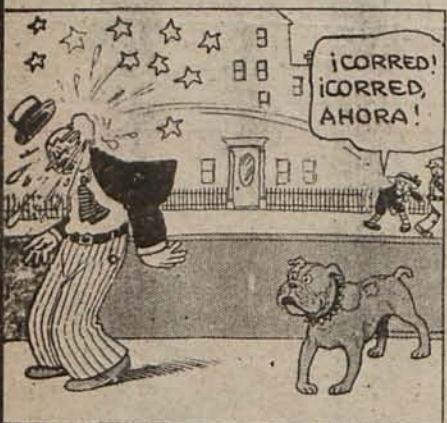
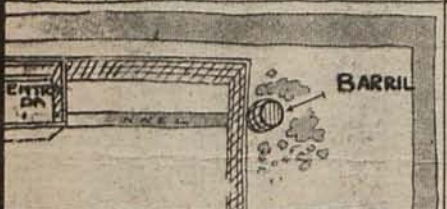






# COLORÍN Y SU PANDILLA

**A LOS SOCIOS DEL "COLORÍN CLUB"**  
LA GALERÍA SECRETA SUBTERRÁNEA YA ESTÁ TERMINADA. EMPIEZA EN UNA COMPUERTA QUE HAY EN EL CLUB Y TERMINA EN UN BARRIL QUE SE HA PUESTO PARA DISIMULAR.





# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

¿DÓNDE ESTARAN?



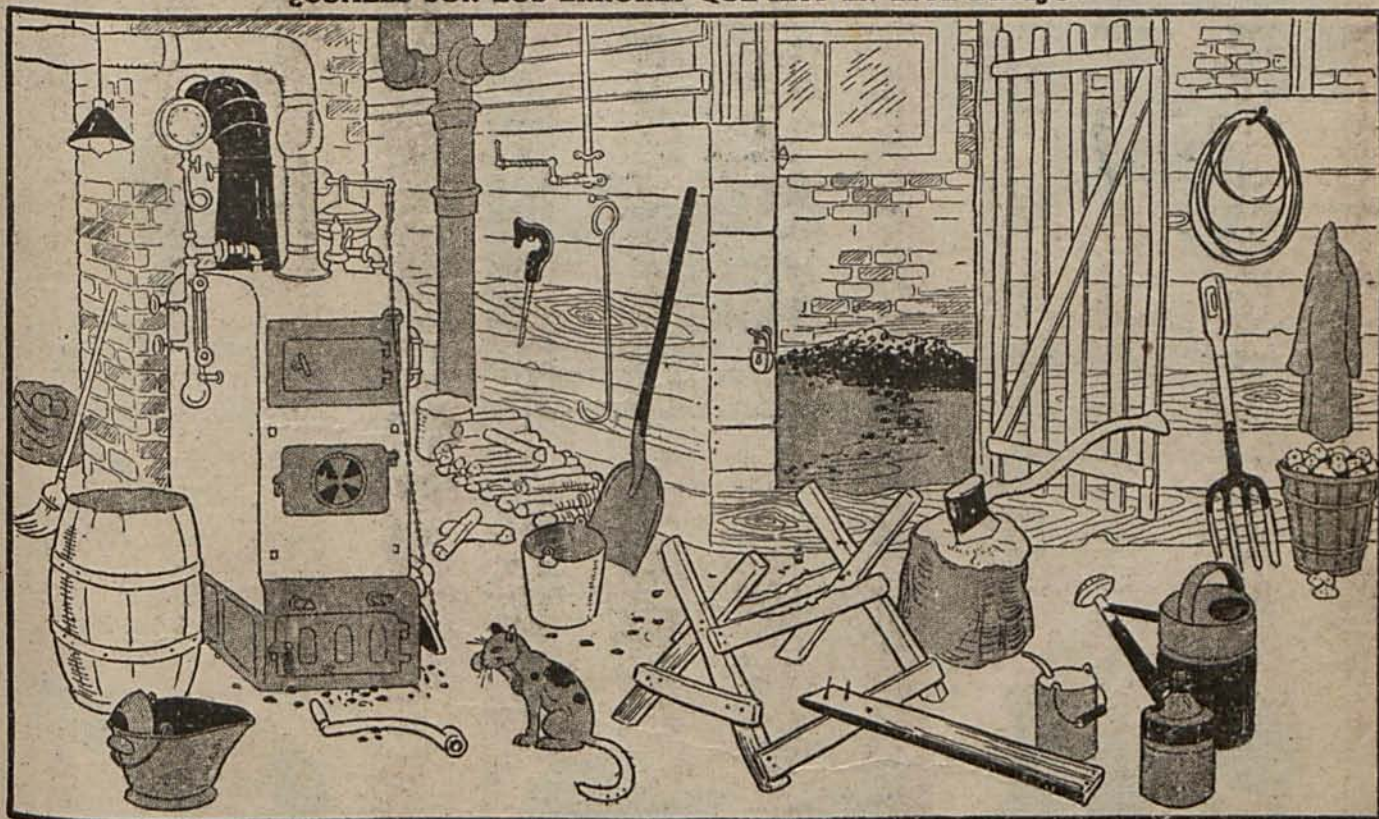
Una vez iba Juanita de paseo con su hermanito, cuando, de repente, notó que se hallaba sola. En vez de echarse a llorar, como hubiera hecho cualquier niña que no tuviera su entereza de carácter, se puso a buscar a su hermanito. En esto pasó por allí un gato correctamente vestido, y Juanita se dirigió a él, diciéndole: —Señor Gato, ¿ha visto usted por el camino a un niño de estas y estas señas, que es mi hermanito? Venía conmigo, se ha perdido y estoy muy triste.

—Cuánto siento lo que os ocurre, bella niña; pero el caso es que yo también estoy afligido, pues me paseaba en compañía de mi mejor amigo, don Ratón Pérez, y también se me ha perdido.

¡Estos animales son tan desconfiados! ¡Lo menos que pensó es que me lo iba a comer! ¡Pchs, aprensiones!

¿Podéis vosotros encontrar al hermano de Juanita y al pobre Pérez?

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Como ya nos estamos acercando a la época en que las moscas nos abandonan y los ventiladores callan, hemos bajado a la cueva a ver en qué estado se halla la caldera de la calefacción, y ¡oh, Dios mío! parece que han pasado por esta cueva los traviesos TIN y TON. ¡Cómo está todo!

Con nosotros ha bajado nuestro dibujante, bueno, uno de ellos, el que todo lo dibuja *estupendamente*, y ha hecho este apunte que os doy aquí. Esta vez no se ha colado mucho, nada más que unas doce veces.

Uno de los errores, que os indico como ejemplo, es que al cubo le falta el asa. ¿Cuáles son los otros once?





# TRISTÁN EL PILOTO



UNAS VECES A PIE Y OTRAS ANDANDO SIGUIERON SU RUTA POR LOS HIELOS



Y LLEGARON A UNA TIERRA QUE DEBÍA DE SER LA DE FRANCISCO JOSÉ



MIENTRAS ZUCÁIN SERRABA EL LETRERO, PEÓN RECOGÍA EL SERRÍN



CON LOS NUEVOS REMOS SE FUERON A PASEO TRISTÁN Y ZUCÁIN



YA PEÓN SE LE RECALENTARON LOS SESOS PENSANDO QUÉ HARÍA CON EL SERRÍN



DE PRONTO SE ACORDÓ DE UN HUESO DE CIRUELA QUE TENÍA EN EL BOLSILLO



Y SE APRESURÓ A SEMBRARLO EN EL CUBO DEL SERRÍN



DESPUÉS, A FALTA DE OTRO PIEGO LO CUBRIO CON TROZOS DE HIELO



SEGURO DE ÉXITO DESU INVENTO VOLO EN BUSCA DE SUS COMPAÑEROS.



CUANDO ESTOS LLEGARON YA HABÍA NACIDO EN EL CUBO UN CIRUELITO



Y SE QUEDARON TONTÍSIMOS AL VER QUE BROTABAN SORBETES DE CIRUELA

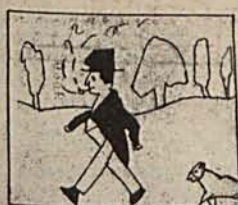


Y CUANDO PROBARON LOS HELADOS SE QUEDARON ALEDADOS DEL TODO.

Castillo



# COLABORACION PINOCHISTA



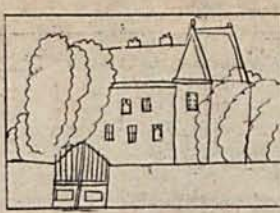
Don Panchito se pasea.  
MANUEL NIETO.  
Madrid.



Tom Mix.  
CARLOS CAMPOS.  
Cartagena.



Potipán y Cañamón.  
ANTONIO GOBERNADO.  
Madrid.



Mi hotelito.  
ELISA MEDRANO.



Los ratones. ¡Qué miedo!  
ANGELES MÉNDEZ.  
Pontevedra.



Mis amigos paseando.  
RAMÓN S. EMETERIO.  
Arrazola (Vizcaya).



Pinocho, violinista.  
ALFREDO BOSQUEL.



Mi muñeca.  
ASUNCIÓN ARA-  
GONÉS.



Don Turulato.  
DEMETRIO E. VAL-  
DÉS.— Panamá.



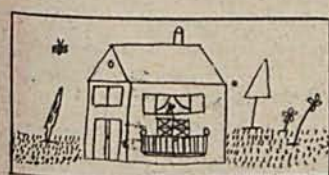
Una jugada de Olivella.  
Y. GONZÁLEZ.  
Guantánamo.



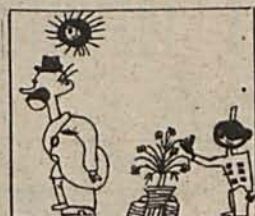
Pinocho, comiendo.  
JESÚS SAENZ.



Los dos rivales.  
TERESITA FERNÁNDEZ COS  
Jaén.



La casa de Pinocho.  
MARÍA PILAR BENITO.  
Madrid.



Don Turulato y Currinche.  
DIEGO MUÑOZ



Roequeso.  
DOLORES LÓPEZ PALLARÉS.



Pirula y Pinocho.  
AURORA FERNÁNDEZ CÖS.  
Jaén.



Noche de luna.  
S. M.



De la revista PINOCHO.

A. L.



En el paseo, por FERNANDO GUIJARRO.

## Amor filial.

Luisita y Paquito eran hijos de un rico hacendado de América, llamado Juan Harris.

En cierta ocasión, el padre tuvo que efectuar un negocio en Melbourne, y a ruegos de sus hijos los llevó con él. A los primeros cinco días todo fué bien; pero al sexto, se desencadenó una tormenta, y el buque, a pesar de los esfuerzos de la tripulación, zozobró.

Paquito y Luisita, en la confusión que reinaba, se encontraron separados del lado de su padre, y por ver si lo veían se subieron por una escala a uno de los palos; mas apenas estuvieron arriba, se partió por la mitad; pero los niños, impulsados por el instinto, se agarraron al madero con todas sus fuerzas, cayendo con él al mar, donde poco después se hundía el barco.

Durante muchas horas, los niños fueron juguete de las olas, hasta que por fin fueron arrojados por una de ellas a una playa desconocida para ellos, donde perdieron el sentido.

Al recobrarle, se encontraron rodeados de negros de feroz aspecto, que los condujeron a presencia de su rey, el cual los convirtió en sus esclavos, sometiéndolos desde aquel día a rudísimos trabajos y tratándoles como si fueran perros.

Un día, uno de los centinelas, avisó al rey que una columna de blancos avanzaba hacia el campamento. Los salvajes furiosos creyeron que se trataba de una traición; ataron brutalmente a los niños en un árbol, y amenazándoles quemarlos vivos si los derrotaban, salieron a recibir a los blancos.

El combate fué breve, pues los blancos, inferiores en número, abandonaron el campo, dejando en poder de los salvajes a uno de ellos. Estos, al ver el resultado de la batalla, llenos de alegría, se lo entregaron a los niños para que lo alimentasen bien, pues como eran antropófagos se lo querían comer cuando estuviese más gordo.

Los niños cumplieron el encargo, y le enseñaron un manuscrito que Luisita guardaba por habérselo entregado su madre al embarcar. Al ver el manuscrito, el prisionero se echó a llorar, y dijo emocionado: hijos míos, yo soy vuestro padre. Al saber esto los niños, animados por un mismo pensamiento, corrieron donde estaba el rey de los salvajes, y arrojándose a sus pies le dijeron llorando: el prisionero que habéis condenado a muerte es nuestro padre; os suplicamos, por lo tanto, que nos mateis a nosotros que somos más pequeños y lo dejéis a él en libertad.

Conmovido el rey ante aquel rasgo de amor filial, los perdonó a los tres, y poco tiempo después, en un barco que iba todos los años a comprarles los prisioneros, llegaban a San Francisco, donde su madre, enterada de todo, los lloraba por perdidos.

LEONCIO MÁRQUEZ SANTOS.  
Once años. Tomelloso (Ciudad Real).



Pinocho, detective.  
F. B.—OVIEDO.



El gordo de Navidad.  
A. COMÁN.  
Madrid.



Multado por exceso de velocidad.  
GREGORIO MEDRANO.  
Guadalajara.



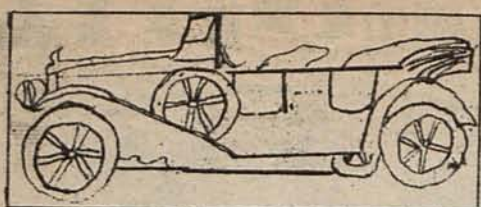
Mi gran amigo  
Garrote.  
CARLOS Y.  
Buenos Aires.



Retrato.  
PILUCA G. DE  
VALENZUELA.  
Catorce años.

**IMPORTANTE** Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.





El auto de Pinocho.

PEPITA ELICEJUI.  
San Sebastián



Un guerrero romano.

S. CABEZA.



Mi conejito.

MARÍA QUIROGA.  
Madrid.



Colorín esperando a su pandilla.  
C. B.—Madrid.



En el país de los enanitos.

CONCHITA ORIA.



El marabú y la serpiente.

JOSEFINA HERNÁNDEZ.



Un matrimonio.

MUÑOZ.  
Albacete.



Pinocho se ríe.

ELENA CUADRADO.



El chino de los collares.

ANTONIO VIGUEIRA.  
Marid.



Pinocho, espantapájaros.

ELOY AVILÉS.  
Guayaquil.



Mi amigo Curriche.

ANTONIO PELLICO.  
Madrid.



Chapete y Pinocho, radioyentes.  
GLORIA GÓMEZ.  
Valladolid.



Mi prima.

ANGELITA PARDO.  
Ceuta.



Mi hermanito Manolito.

E. M



En un Juzgado.

E. LASERNA PINZÓN.  
Bogotá (Colombia).



Cañamón vistió de dos maneras.

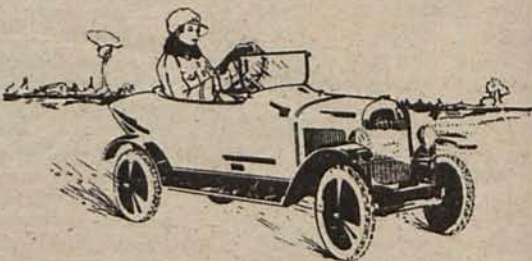
CARMEN DEL BUSTO.  
Madrid.

## SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

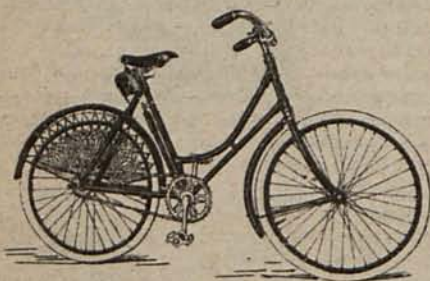
### PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



#### SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

#### TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

#### CUARTO PREMIO.



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma cadena de transmisión, etc., etc.

#### QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

#### SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

#### SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

### DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

#### CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

#### NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?  
—Hoy quisiera saber, amigo buho, en qué consiste la inquietud, o de otra forma, por qué nos inquietamos.  
—Esa es una pregunta difícil.  
—¿Difícil?  
—Difícil. Los pájaros nos inquietamos muy poco. Es un beneficio, una superioridad que tenemos las aves sobre los hombres. Nuestras emociones no pasan de un susto, siempre rápido y, por consiguiente, pasajero. Por el contrario, la inquietud en el hombre es algo constante, recalcitrante, insufrible. Tiene todos los caracteres de un mal menor; no es el susto, pero es peor que el susto, porque no es pasajera como éste, sino persistente, continua.  
—Sólo se inquietan las personas.  
—Es verdad. La inquietud es absolutamente del hombre.  
—Lo cual quiere decir que es un estado de espíritu superior, que no comparten los animales.  
—No sé qué decirte.  
—Ya lo veo. Pero, ¿por qué nos inquietamos las personas?  
—¿Tú has estado inquieto alguna vez?  
—Algunas.  
—Pues habrás observado que tu inquietud depende, sobre todo, de algo que temes o deseas que ocurra.  
—Es verdad.  
—La inquietud proviene, por consiguiente, de una espera indecisa, durante la cual no sabemos lo que ha de ocurrirnos el día de mañana.  
—También es cierto.  
—No se tiene inquietud por el presente, sino por el porvenir.  
—Eres un sabio.  
—Y lo más curioso es que puede inquietarnos el pasado. Esta facultad de ver el pasado y el porvenir, es exclusiva del hombre. Los animales no pueden contemplar ninguno de los dos. Sólo viven, como animales que son, del presente.  
—Estás hablando, querido buho, en un tono admirable.  
—El mío.  
—¿Y qué medicina, qué atenuante encuentras para la inquietud?  
—El trabajo.  
—¿El trabajo?  
—Justamente, Chonón. Aunque el trabajar nos sea ingrato, aunque deseemos las festividades, para descansar, es lo cierto que el trabajo constituye, por sí mismo, lo más esencial de la vida, un regulador perfecto, el medio más seguro de ser felices, de vivir sin molestias, normalmente, sin inquietudes.  
—¿Y esas personas que tienen mucho dinero, muchísimo dinero, y no trabajan?  
—De una manera o de otra, trabajan. Aunque a decir verdad, en aquel elemento existen dos clases de hombres: una, la de las personas que tienen ocupados sus días por obligaciones diarias que ellos mismos se imponen; otra, la de los hombres que no trabajan en nada. Para los primeros, el dinero es motivo de distracción sana, constituye una felicidad; para los segundos, el dinero es motivo de desgracia, ocasiona muchas veces la perdición del individuo.  
—Hablas como un libro. No sé lo que hoy te ocurre.  
—Las personas deben trabajar. El trabajo guía, por decirlo así, la vida del individuo, la normaliza.  
—Y los animales, ¿han de trabajar, si quieren normalizar su vida?  
—No y sí.  
—Explicate.  
—El trabajo, tal como nosotros lo comprendemos y ejecutamos, es exclusivo del hombre. Puede decirse que sólo éste se halla dotado de la capacidad de trabajar. Por el contrario, los animales se encuentran privados de aquel beneficio, si quieres llamarlo así. Y a medida que descendemos en la escala animal, vemos que los anima-

les trabajan menos, cada vez menos. El esfuerzo que realiza un oso, por ejemplo, para alcanzar su alimentación diaria, es muy grande si lo comparamos con el realizado por una liebre; y el de ésta es titánico si nos fijamos en la vida parasitaria, como muerta, de un insecto.

—Es curioso.  
—Quiere ello decir lo siguiente: a más inteligencia, más capacidad de trabajo. Ello puede comprobarse, prescindiendo ahora de los animales, en los hombres. Las figuras más extraordinarias de la historia la constituyen personas que, a un gran talento, unieron una voluntad sin límites, una resistencia inconcebible para el trabajo.

—Napoleón.  
—Es un buen ejemplo. Napoleón no fué sólo un general de extraordinario talento. Napoleón, como todo grande hombre, unió a ese talento la continuidad de un trabajo admirable. Siempre fué un cerebro trabajador, constante, de una resistencia increíble. Ya emperador, en sus largas sesiones de Estado, sus compañeros dormíanse en sus pupitres, rendidos. Sólo él, Napoleón, podía resistir horas y horas, toda una noche de estudios complicadísimos y heterogéneos, después de un día de trabajos inmensos. Y quien dice Napoleón dice Goethe, el gran poeta alemán, y todos los hombres de la historia: Alejandro, César...

—Me maravilla oírte.  
—No basta tener talento. Hay que trabajar, que estudiar continuamente, para que aquel talento se manifieste y sea útil. La mayoría de las personas creen que para los hombres de genio la vida no ofrece dificultades. Pero es lo cierto que los hombres que han pasado a la historia como tales genios —Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe— fueron hombres que trabajaron muchísimo, hombres de voluntad. A ésta hay que recurrir siempre.

—¿A quién?  
—A la voluntad.  
—¿No basta el talento y el trabajo?  
—El trabajo no se ejecuta, mi querido Chonón, si una voluntad firmísima no nos empuja a ello.

—Entonces lo primero que hay que tener en la vida es voluntad.

—No.

—¿Entonces?

—Lo primero, capacidad, aptitudes, talento.

—Después...

—Voluntad firmísima para cultivar aquellas facultades.

—Y después...

—Suerte.

—¿También es precisa?

—Poco menos que indispensable. Pero es seguro que con el talento y la voluntad, las dos ruedas de un carro, se puede llegar muy lejos.

—Y si nos favorece la suerte...

—Y si nos favorece la suerte, nos perdemos de vista.

—Eso te ha ocurrido a ti.

—¿Cuándo?

—Ahora, querido buho. Te pregunté sobre la inquietud y has caminado tanto después de mi pregunta, que ya no sé por dónde vas, te has perdido de vista.

—Pues la cadena es muy fácil. Te hablé de la inquietud como de una espera molesta, durante la cual no sabemos lo que ha de ocurrir el día de mañana. Te indiqué luego, como medicina de la inquietud, el trabajo. Y de éste hemos llegado, por último, a las conclusiones que has visto. Creo que no me he perdido de vista, como dices.

—Ahora vuelvo a verte. Eres un genio.

—No lo creas. Me faltan talento y voluntad para serlo.

## CORRESPONDENCIA

**Jesús Cabezudo.**—Me remites una solución de los últimos pasatiempos. Me la envías solitaria, sin cupón, y ello es una equivocación muy grande. Las soluciones deben mandarse a fin de mes, al concluir la serie, y con el cupón que se publica mensualmente para cada una de aquéllas. Espero que tú, con tu talento, que es muy grande, te darás cuenta de ello, y en lo sucesivo tendrás presente mi consejo.

Recuerdos de Pirula, Anita, Currínche, Don Turulato, Morronguís, etcétera, etc.

**Eduardo Pino Miranda.**—Con un cupón de soluciones del mes de Julio me envías unos cuantos chistes —muy graciosos, por cierto— y un dibujo, una estupenda barca de recreo. ¡Y cuánto siento que no hayas leído con atención mi semanario, hasta el punto de penetrarte de los consejos, avisos y advertencias que vengo publicando desde hace tiempo! ¡Cuánto lamento, en un Pinochista tan listo como tú, la ignorancia de mis últimas disposiciones!

**José Oliver y Antonio Vives.**—Leed el parrafito que dedico a Jesús Cabezudo.

**Antonio Gómez Santelices.**—Los Pinochistas premiados en el último concurso de cuentos, chistes, historietas y dibujos, si desean recibir los premios y diplomas en su domicilio deberán escribir a PINOCHO, enviando 80 céntimos para gastos de envío, si el agraciado vive en provincias. Si habita en Madrid, una peseta para gastos de envío. Si el Pinochista habitante en Madrid pasa por este mi palacio —Valencia, 28— a recoger su diploma y su premio, se le entregará gratuitamente. Así lo comunico para tu agraciada primita, mi querido Antonio, y para todos los Pinochistas agraciados.

**Benito Santos Giménez.**—Muy bien. Admirable. Insuperable. Pero... Lee esta página de correspondencia, de arriba a abajo.

Abrazos de Anita, Pirula, Potipán, Cañamón, Don Turulato, Currínche, Morronguís...



# PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Julio.	Agosto.	Septiembre.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.	D. Luis de la Vega Hazas.—Santander.	D. Leopoldo Sañudo. — Torrelavega.
Segundo. 15 ptas. en libros.	» Francisco Ibáñez y Pico.—Madrid.	» Jesús Villarreal.—Durango (Méjico).	» Rubén M. Bustelo.—Buenos Aires.
Tercero. 10 ptas en libros..	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.	» José A. Basagoiti Noriega.—Madrid.	» Ricardo Font.—Barcelona.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	D. Gerardo Larrea.—Llodio.	» Juan Miguel Albisu.—Irún.	» Felipe Mazarrasa.—Santander.
Quinto. 3 ptas. en libros...	» José Igualada.—Málaga.	» Joaquín Méndez.—Iriga (Filipinas).	» Alfonso Dalmau.—Madrid.

## PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



**Mauro Alonso.**  
Vigo.—Quinto premio del sorteo mensual para los suscritores, correspondientes al mes de abril.  
**3 pesetas en libros.**



**Francisco Murillo.**  
Barcelona.—Primer premio del sorteo mensual para los suscritores, correspondiente al mes de mayo.  
**25 pesetas en metálico.**



**José Luis Hernández.**  
Huelva.—Premio 44 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.  
**Un lote de libros.**

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. **(Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).**
- 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. **(Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).**
- 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
- 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores *por un año*; otros, para

los suscritores *por un semestre*; otros, para los suscritores *por un trimestre*. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

#### Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

#### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

#### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. ....

calle de ..... núm. .... Pueblo .....

..... Provincia ....., se suscribe a

**PINOCHO** por <sup>(1)</sup> { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).  
UN SEMESTRE... } diez pesetas (ó 12 pesetas) ..... } remite a la Adminis-  
UN TRIMESTRE.. } cinco pesetas (ó 6 pesetas) ..... }

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 <sup>(3)</sup>, en <sup>(4)</sup> ..... También remite **1,50** pesetas <sup>(5)</sup> para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite ..... pesetas.

(Fecha y firma.)

- (1) Bórrese lo que no convenga.
- (2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- (3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.
- (4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. **(Certifíquense las cartas con valores)**. Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.
- (5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

### SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos **cada número semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año..... **23** pesetas.

Semestre..... **12** —

Trimestre..... **6** —

### IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal **impuestos** por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

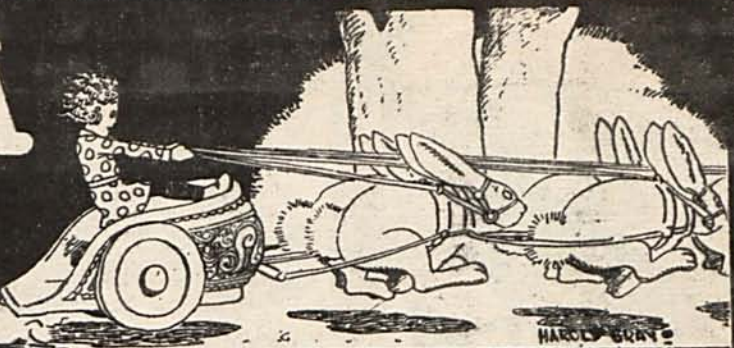
Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

- 1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.



# ANITA

## BUEN-CORAZON



¡POBRE TONIN! ¿QUÉ ATADO TE TIENEN! ¡COMO SI TÚ FUERAS CAPAZ DE HACER DAÑO A UN MOSQUITO!



¡OYE! ¿QUÉ PASA? ¡AH! ¡SON LOS DEL PUEBLO DE AL LADO QUE COMO NO NOS PUEDEN VER HAN VENIDO A ROMPER EL CIRCO!

¡DALE!

¡ROMPED LAS CUERDAS!



MIRA, PELUCHO, TE ATARÉ ESTE PAÑUELO AL CUELLO Y ASÍ LOS NUESTROS TE CONOCERÁN Y NO TE HARÁN DAÑO.

¡DURO CON ÉL!  
¡A ESE!  
¡PAFF!!  
¡TOMA!!



¡Y AHORA, A LA LUCHA! Y ACUÉRDATE, PELUCHO, DE QUE TODO EL QUE NO LLEVE PAÑUELO AL CUELLO ES ENEMIGO NUESTRO! ¡HAY QUE SALVAR EL CIRCO!



¡SON MUCHOS! ¡NO HAY MÁS SALVACIÓN QUE SOLTAR AL ELEFANTE TONIN Y ÉL LO ARREGLARÁ TODO!



¡ANDA CON ELLOS, TONIN! ¡A LOS QUE NO LLEVEN PAÑUELO, DURO Y A LA CABEZA!

¡CORRED QUE NOS MATAN!

¡QUE SE HAN ESCAPADO LAS FIERAS...

¡SALVESE EL QUE PUEDA!



¡ERES UN HACHA, TONIN! ¡NO HA QUEDADO EN EL PUEBLO NI UN SOLO ENEMIGO!



¡ESTUPENDO, ANITA!

¿OS HABEIS CONVENCIDO DE LO QUE VALE TONIN?

¡SI NO LO VEO NO LO CREO!



ESTE ANIMALITO, CON SER TAN GRANDE, SE LE LLEVA POR DONDE UNA QUIERE TRATÁNDOLO BIEN ¿NO VEIS COMO ME ABRAZA?





# Sección PIRULA

## DÍALOGOS DE PIRULA

PAQUITA (*Ocho años.*).—Mira, te he traído mi muñeca grande, *Amapola*, para que la conozcas. ¿Qué te parece? Fíjate que tiene un vestido de crespón de China; y su sombrero está a la última moda.

ELENA (*Doce años.*).—¡Ah!

PAQUITA.—Anda con sólo que se le de una mano.

ELENA.—¡Oh!

PAQUITA.—Sus bulecitos rubios son de pelo natural.

ELENA.—¡Ah!

PAQUITA.—¡Ah!

ELENA.—*Amapola* llora bastante bien; pero mi muñeco, además de llorar, sabe reír y lanza cada carcajada que da gloria.

PAQUITA.—¡Oh!

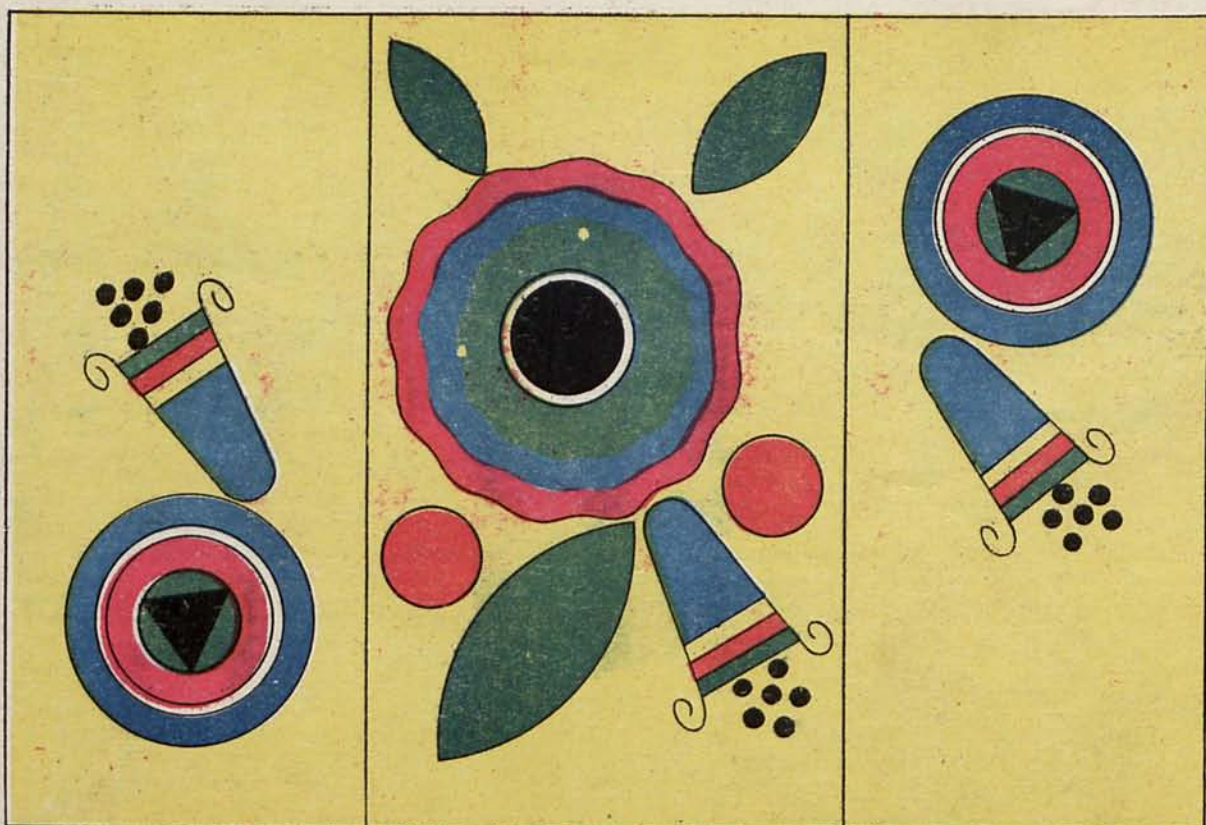
ELENA.—Hay algo más asombroso todavía: si se le pone entre los labios la tetina de un biberón, chupa y se traga toda la leche del frasco.

PAQUITA.—¡Ah!

ELENA.—Pues todo eso aún no es nada; figúrate que de vez en cuando, principalmente después de lo del biberón, él solito se hace «pipi».

PAQUITA (*Ya sin poder contenerse.*).—¿Pero es posible? ¿Y te lo han comprado aquí, en el bazar?

ELENA (*Muy sencilla.*).—No; me lo han mandado venir de París; es mi hermanito Pepin...



PAQUITA.—Cierra los ojos, si la echan, y llora si se le aprieta la tripita.

ELENA.—¡Oh!

PAQUITA.—Al andar, dice «papá» y «mamá».

ELENA (*Queda pensativa y silenciosa un instante, subyugada sin duda por la admiración. Luego.*).—Bueno; pues ¿querrás creer que tengo yo un muñeco que vale bastante más que tu muñeca?

PAQUITA.—¿Más que mi *Amapola*? ¡Imposible!

ELENA.—¡Vaya que sí! Tú calcula: tu muñeca solamente dice «papá» y «mamá», y eso con voz de fonógrafo; mi muñeco dice además «ajo», «nena» y «tata», todo ello con una voz completamente humana.

PAQUITA.—¡Oh!

ELENA.—Para que tu muñeca ande hay que tenerla por una mano; mi muñeco da varios pasos solo; basta con que se le arrime a un rincón y se le tienda los brazos.

## PIRULA, BORDADORA

*Bolsa de peines.*—Quizá tenéis, o al menos habéis visto alguna vez, uno de esos tubos de cartón que tienen en un extremo un lentecito al cual se aplica el ojo y se ve, en el interior del tubo, formarse figuras geométricas, maravillosas, constituidas por mil cristallitos de diferentes formas y colores y que varía a cada movimiento que se hace.

Pues bien; los motivos decorativos que adornan esta bolsa para peines recuerdan las caprichosas y brillantes figuras de aquellos tubos. Podéis reproducirlos, bordados a punto de lagartera, y también podéis inspiraros en ellos para reproducir solamente algunos de estos motivos en delantales o trajecitos ligeros. Puede hacerse con ellos una cenefa muy bonita y muy original.